

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—  
A Teresa, poesía, por Angel del Arco y Molinero.—  
Hay mas allá, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
El cristianismo y la ciencia, por Abdon de Paz.—  
La modestia, poesía por José Selgas.—  
Correspondencia.

### INTERESANTE.

Desde esta fecha, empezamos a remitir a los Sres. suscritores que más atrasados están en sus pagos, cartas particulares, en las cuales se les indica su débito, y se les ruega lo hagan efectivo a la mayor brevedad, pues de lo contrario, nos veremos en el caso de girarles dichas can-

tidades, para lo cual les daremos el aviso en la última plana de la revista.

Deseamos que nos eviten adoptar una medida que aunque en otras redacciones usan generalmente, nosotros no hemos querido poner en práctica hasta hoy, limitándonos sólo a mandar repetidos avisos que, con sentimiento, hemos visto desatendidos hasta ahora.

Entiéndase que las liquidaciones son hasta fin de Junio del 80, que es el año que están recibiendo.



## EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION)

Cuando llegó allí, calló de rodillas y prorumpió en sollozos.

En cuanto al hombre y á la mujer, que debían ser consortes, no hicieron caso de esta escena, y se sentaron al sol con la cabeza apoyada en la roca, mientras el niño se entretenía en tirar piedras á un árbol cercano para asustar á los pajarillos.

La abuela dejó que Margarita desahogase su dolor, y luego se dirigió hácia ella.

Aunque yo no me moví de mi asiento, presté tanta atención que pude oír lo que decían.

Según comprendí, aquella mujer había sido anteriormente criada de la abuela, y se había casado con un licenciado del ejército. Este, que había servido en su casa en calidad de asistente mucho tiempo, había traído al pueblo un capitalito regular, producto de sus economías y de las dádivas que le habían hecho sus amos, en recompensa de su buen comportamiento.

Margarita, de genio discolo, regañón é impertinente, holgazana y dejada hasta lo sumo, pronto había dado al traste con aquel modesto capital, arrastrando á su familia por la senda de la miseria al espantoso abismo en que se hallaba sumida. Su marido había muerto de pena, sus hijos, educados á su semejanza, se habían dispersado recorriendo aquí y allá la senda del vicio, y ella, en su anciana edad, sufría las consecuencias de su vida descuidada y caprichosa.

—¡Ay, no venga usted, no me mire usted, balbuceaba la infeliz, yo no hice caso de sus consejos, yo no soy digna de que nadie me consuele!

—Has sido en efecto muy culpable, Margarita, respondió la abuela con tono dulce, que

contrastaba con la severidad de sus palabras, has tenido en tu mano la felicidad y la has arrojado por la ventana; has causado la muerte de tu marido, la perdición de tus hijos y de los hijos de tus hijos, y Dios sabe hasta cuando se perpetuará la maldición que has traído sobre tu cabeza... Pero Jesucristo perdonó hasta aquellos que le crucificaban...

—Por esto rezo todo el día, toda la noche!

—Dios no se contenta solo con ruegos; quiere obras cuando ha habido delito, para perdonar, exige la reparación...

Margarita bajó la cabeza.

—Mi marido ha muerto, repuso: cuando veo al señor cura le pido que reze por su alma.

¿Tengo yo dinero? ¿Poseo yo algo en este mundo, después de haber poseído la mejor junta de la aldea?...

—Tampoco se trata de decir misa. Tú marido ha sido demasiado bueno y demasiado infeliz para que las necesite.

—Pues entonces ¿qué he de hacer yo?

—Reformar tu carácter, dar á tus hijos ejemplos de mansedumbre y de dulzura, cuidar de tu nieto, y hacer que reciba mejor educación de la que has dado á tus hijos.

En este momento resonaron por fuera gritos de angustia, mezclados de espantosos bramidos.

Todos nos pusimos de pie confusos y aterrados.

En medio de una nube de polvo, saltando de risco en risco, salvando barrancos, y arrojando cuantos obstáculos se ofrecían á su paso, vimos venir hácia la choza un embravecido novillo, escapado sin duda de la vacada.

Dos pastores corrían tras él, y le acosaban de cerca, aumentando con esto su ceguedad y su furia.

Daba miedo; sus ojos enrojecidos giraban en sus órbitas, y movía á todos lados sus astas formidables.

Transida de pavor, yo me lancé al fondo del aposento, juntamente con la mendiga, que arrastró consigo á su hijo.

El bravo animal se detuvo un instante, miró en derredor de sí, pero al oír de cerca los



gritos de los pastores, se abalanzó rugiendo al interior de la choza.

—Estábamos perdidos.

—Pero hé aquí que el mendigo, que había salido repentinamente de su inercia á la vista del peligro, rápido como una centella, fué á apoderarse de una hoz que estaba en un rincón, y corrió á interceptar el paso á la sañuda fiera.

—Yo me cubrí el rostro con las manos, para no presenciar aquella lucha desigual y horrible y solo las aparté al oír resonar junto á mí un grito de alegría y de victoria.

—En efecto, ví al mendigo, que estaba de pié orgulloso y triunfante, teniendo al novillo cogido por las astas.

Los pastores llegaron en aquel instante, ataron al vencido con una maroma, y se lo llevaron, mientras nosotras dábamos gracias á la Providencia por tan señalado beneficio.

—Te debemos la vida, dijo la abuela al mendigo, que volvió á sentarse negligente-mente al sol. Hemos quedado convenidas, Margarita y yo, en que mañana ireis por casa. Toma entre tanto...

(Continuará.)

Angela Grassi.

## A LA NIÑA TERESA,

TU MODESTIA (BALADA.)

Hermosa y cándida niña

La de los ojos de cielo,

La de los labios de rosa,

La de ondulados cabellos:

Mira este ramo de flores

Puras como tus deseos,

Hermosas como tu alma,

Y casta como tu seno;

Ayer tarde las cogí,

Con el dulce pensamiento

De dártelas, pura niña,  
Para adornar tus cabellos.  
¿Quiéres este terebinto  
Menos dulce que tus besos,  
Menos rojo que tus labios  
Menos puro...

—No le quiero. —

Pues querrás esta azucena

De tallo sutil y esbelto,

De aromática fragancia,

Tan nivea como tu pecho;

Es emblema de tu alma...

¿Dí, la quieres?

—No la quiero. —

Entonces, mira esta rosa

Y este lindo pensamiento:

Ella, el color de tus labios

Ostenta en su cáliz bello,

El pensamiento es el mío

Que aunque humilde te lo ofrezco,

Estos si los tomarás...

¿Los quieres, dí?

—No los quiero. —

¿Tampoco?... pues solo queda

Del ramo tan puro y bello,

Esta cándida violeta

Marchita ya entre mis dedos;

Triste flor á quien apenas

Cogen del tayo materno,

Pierde toda su fragancia,

Herida inclina su cuello;

Vive oculta entre las flores

Sin ver del Sol los destellos,

Por el aura acariciada,

Sin lucir sus embelesos:

¡Es tan modesta! es tan pura

Que á ofrecértela me atrevo...

De tu modestia es emblema

¿No la quieres?

—Si, ¡la quiero! —

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO.





# ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

El buen párroco, protector primero de Nina y el maestro de su alma, puesto la habia enseñado á ser buena y religiosa y creyente, seguia en su aldea, dividiendo su tiempo entre el cumplimiento de los deberes de su ministerio, y las prácticas de la caridad cristiana, faro que guiaba sus acciones y llenaba de santa luz su hermoso corazón.

Agustin, el pobre anciano á quien ya veia curado de su incredulidad y su desesperacion, y vuelto al gremio de sus hijos amados, como la pobre oveja descarriada que torna al redil amigo, era el objeto de sus cuidados mas asiduos y de su mas amorosa predileccion.

Todas las tardes, cuando ya el sol se ocultaba tras de los lejanos montes, cuando todos los habitantes de la aldea tornaban á sus hogares y unidos en sabrosa plática buscaban el descanso del cuerpo y la expansion del alma, el santo párroco se dirigia á la morada de Agustin y Lucía, y procuraba hacerles mas agradables las horas, explicándoles lo fugaces de las penas de la vida, lo eterno de las recompensas celestes, y luego como postrer consuelo, como dulcísima esperanza, les hablaba de Nina, de aquella pura y amante Niña que habia sido el rayo de sol que diera calor y vida á los últimos dias de aquella vejéz sombría y miserable.

—Oh! Dios mio, murmuraba siempre el infeliz Agustin al escuchar el nombre de su nieta, ¿por qué la dejamos ir? ¿por qué permitimos que se separase de nuestro lado?

Lucía nada decía, pero gruesas lágrimas se escapaban de sus apagados ojos y suspiraba inclinando la frente.

Nina era la sola, la única flor que habia perfumado su vida, aquella vida sin luz, sin amor, sin alegría ninguna. Su acento era el único acento que habia murmurado á su oido palabras de cariño. Su alma era la única que habia apreciado los tesoros de cariño que encerraba el corazón de la pobre ciega.

El padre Antonio les hacia ver lo conveniente

de aquella marcha y lo que todos podian esperar de ella, recordándoles las promesas de Adrianesi y su generosa conducta para con ellos.

Porque ni un solo mes, y siempre el dia primero, habia dejado de recibir el buen cura la pension que el maestro les señalara.

Ni un solo mes habian dejado de saber de la pensionista del Corazon de Jesús, y de conocer por las cartas del maestro sus rápidos progresos y las esperanzas que fundaba en ella.

Tambien Nina les daba noticias suyas más amenudo, cada ocho dias, pues la amorosa niña dedicaba las horas del domingo á escribir á su abuelo y á Lucía largas y cariñosas cartas, en que les daba cuenta exacta de todas sus acciones de todos sus pensamientos y de sus sentimientos todos, ponderando siempre las bondades del maestro para con ella.

Estas cartas, leídas por el padre Antonio, llenaban de alegría aquellos tres corazones y derramaban en las almas del anciano y la ciega un bálsamo tan suave, que bastaba á hacerles olvidar todas sus penas y amarguras.

Un dia sin embargo, el correo no llegó á llamar á la puerta de Agustin, y este se estremeció augurando alguna desgracia.

—Nos habra olvidado? murmuró dirigiéndose á Lucía que estaba á su lado, ¿nos habra olvidado y empezará á ser ingrata tambien?

—Oh! no blasfeme V., padre mio, murmuró ella rápidamente; en los ángeles no cabe ingratitud y Nina es un ángel. Yo más bien temo que le haya sucedido alguna desgracia, porque la patria de los espíritus celestiales no es este mundo, y no pueden vivir largo tiempo en él.

El anciano miró con espanto á Lucía y murmuró despues.

—Calla, calla, no digas eso, no ves que yo no podria sobrevivir á este infortunio.

La pobre ciega guardó silencio, pero no pudo imponerle á su corazón, ni logró tampoco detener el vuelo de su pensamiento.

Oh! solo los que han visto pasarse sus dias en ese aislamiento, en esa soledad del corazón, más triste que un dia sin sol, más sombría que una noche sin estrellas, podrán comprender toda la inmensa ternura de la pobre ciega hacia aquella niña por quien habia mendigado con placer, con quien habia partido su pan y su lecho, y en quien ¡ay! hubiera depositado todos los tesoros de ternura y de amor y de abnegacion, encerrados por tanto tiempo en el fondo de su pecho.

Lucía, pues, habia cifrado en Nina todas sus esperanzas, todas sus dichas, todo su bien! Cuan triste ¡ay! cuán triste hubiera sido para ella perderlo todo, al perder á la hija de su adopcion!



Por eso, su dolor era mas desolado, mas amargo que el de Agustin, y por eso elevaba á Dios los ojos de su alma pidiéndole consuelo y pidiéndole gracia.

Pasó aquel dia, y pasaron otros dos sin recibir la carta aguardada.

El padre Antonio empezaba tambien á estar inquieto.

—Alguna ocupacion inesperada le habrá impedido escribir el domingo, y como en las casas de religion están todas las horas contadas, está el tiempo rigurosamente marcado, no habrá podido hacerlo sin faltar á sus estudios, á sus rezos, á... pero en fin, hijos míos, ya veréis como la semana venidera nos escribe una larga carta explicándonoslo todo, y nos indemniza de su silencio.

—Ella nunca ha dejado de darnos noticias suyas, observó Lucía tristemente, ella hasta hoy no ha tenido ocupaciones que le impidan hacerlo!

—Bah! respondió el buen cura, tratando de dar á sus amigos una tranquilidad que él mismo empezaba á perder. La falta de un correo no es motivo para alarmarse; ya veréis, ya veréis como todo ello no es nada.

Pero los dias pasaron, vino otra semana y no llegó la carta que esperaban!

Oh! esto ya era sério, ya era alarmante en verdad.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL CRISTIANISMO EN LA CIENCIA.

(del libro inédito «Luz en la Tierra.»)

La inteligencia aspira á la verdad, como la sensibilidad á la belleza, como la voluntad al bien.

Y tal aspiracion presupone la existencia de la verdad, pues que sólo se aspira á lo que existe; si esta verdad presupone medios necesarios para conseguirla, pues que de otra suerte Dios fuera injusto, lo que equivaldría á que no existia; dichos medios sentidos, razón y conciencia, presuponen un fin, que debemos cumplir segun las condiciones de nuestro ser y en relacion con los demas de la naturaleza.

Pero ¿qué es la verdad?

Homero la forjó invisible en las manos de Júpiter; Demócrito la ideó en las profundidades de un pozo;

y Sócrates pagó con la muerte la audacia de figurarla descendida del Altísimo, de acuerdo con la tradicion mitológica que la representaba sobre la cabeza de la inteligencia, en forma de llama que se eleva á demandar apoyo á los cielos.

Sin embargo, la verdad existia, no abstraccion metafísica, sino realidad histórica. Dios la habia revelado al primer hombre, caído por la culpa, y enaltecido por la gracia. Los patriarcas sucesivos, por medio de Jacob, la habian vislumbrado en sus sueños, y los profetas, por medio de Moises, la habian formulado en sus cánticos.

El hecho de que hay algo que se escapa á la minuciosidad del análisis y á la profundidad de la especulacion, descubre su realidad indubitable. No se siente lo que no existe. Y tan positivo es que existe lo divino, como que lo siente la conciencia. Al desconocer el escepticismo toda verdad, atrofia el corazon y aniquila el cerebro. Y los que, sin ser escepticos, se empeñan en negar lo sobrenatural y misterioso, tienen al cabo que admitir con Strauss, «que si el ministerio parece absurdo, nada hay profundo, ni vida, ni arte, ni Estado, sin misterio».

Resulta que el creer para conocer (*Credimus ut cognoscamus* de San Agustin) es preferible al no conocer por no creer; que poseemos luz que desvanece sombras que otros juzgan indesvanecibles, y que, á la manera que Jesus mostró á la incredulidad el tesoro de sus heridas, podemos nosotros mostrar el tesoro de nuestra fe á la observacion de los sentidos, al discurso de la razon y al testimonio de la conciencia seguro de que, á no estar enfermas ó viciadas nuestras facultades, nos conducirán á una confesion ennobecedora del individuo, enaltecedora de la familia é impulsora de la sociedad, á la confesion de dicha Revelacion Positiva, cuna de nuestras esperanzas más risueñas, tumba de nuestras dudas más horribles.

¡Bendita la Palabra Redentora que enseña: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría!» Y añade: «Y la ciencia de los santos la prudencia.» ¡Bendita la Palabra Redentora que canta: «Mejor es sabiduría que guerra!» Y advierte: La multitud de sábios es la salud del universo».

La ciencia que predica, comienza «por detestar la arrogancia, y la soberbia y el camino malo, y la boca de dos lenguas,» y concluye por asentar «que es preferible el hombre menguado de saber y falto de cordura, pero timorato, al que tiene gran juicio y traspasa la ley del Altísimo.» Pensamiento que tradujo nuestro Calderon.

A quien le daña el saber,  
homicida es de si mismo.

Ni son éstas laberinticas logomaquias para anublar la mente, sino concretas soluciones para que todos las comprendamos, para que todos las practiquemos. Jesucristo habia aconsejado á sus discipu-



los «Vuestro hablar sea: sí, sí; no, no». Y sus discípulos y sus apóstoles repitieron: «*Lo que vimos y oímos, eso os anunciamos... Nosotros lo vimos y damos testimonio* de que el Padre envió al Hijo para ser Salvador del Mundo.

El Verbo de Aquel, «cuyos ojos guardan la ciencia,» descendió de inefable altura á insignificante globo del espacio, para sellar nuestra redención con su sangre, naciendo de la más humilde de las vírgenes, en la más ignorada de las naciones y en la más plebeya de las cunas, pasando la vida más horrible y sufriendo la muerte más ignominiosa.

Y, no obstante, á su mirada se disiparon todas las sombras. Niño, confundió en la Sinagoga á los Doctores. Hombre, confundió en el Tribunal á Pilato.

Aunque nuestra inteligencia, entregada á sí propia, estimara los hechos, manifestaciones del ser, y conociera alguna de sus leyes, relacion entre el objeto manifestado y la fuerza manifestante; no había penetrado el misterio de la Causa Creadora: sucediendo que al intentarlo, ó había levantado fantasmas sobre el deleznable cimiento de la imaginación, ó había afirmado apenas lo que rudamente le revelaban los sentidos.

Pero Dios se hace Hombre. Predica que viene «Luz al mundo para que todo el que crea en Él no permanezca en tinieblas.» Y nuestra razón, nacida á nueva existencia, siéntese capaz de resolver los áridos problemas del ente y de la mente. Y la historia, evidenciando esta significación, exhibe la continuada serie de varones cuyas obras, á la vez que iluminan, vivifican, en el siglo I á un Pablo, en el II á un Tertuliano, en el III á un Orígenes, en el IV á un Crisóstomo, en el V á un Agustín, en el VI á un Boecio, en el VII á un Isidoro de Sevilla, en el VIII á un Alcuino, en el IX á un Alfredo el Grande, en el X á un Gerberto, en el XI á un Anselmo, en el XII á un Bernardo, en el XIII á un Rogerio Bacon, en el XIV á un Lulio, en el XV á un Cusa, en el XVI á un Copérnico, en el XVII á un Bossuet, en el XVIII á un Feijóo y en el XIX á un Wissemán, á un Secchi y un Moigno.

¿Habíamos de moral entre sombras, ignorando de donde procedemos, lo que somos y adónde vamos? No. Porque si las ciencias matemáticas, combinadas con las cosmológicas, influyen por un lado desde las artes liberales, desde la perspectiva en la pintura, el equilibrio en la escultura, la geometría en la arquitectura en la armonía en la música, á las artes mecánicas, alimentadas por el cok, el vapor y la electricidad, especie de pan, sangre y alma de la materia; nos impelen por otro á cultivar la metafísica: de donde pasando al Derecho, en la mayor profundidad de sus conceptos, y á la Teología en la mayor alteza de sus temas, contemplamos la Verdad increada, que se refleja en todas y cada una de las

criaturas, sujetas á número, peso y medida, según la frase bíblica, hasta el punto de que los sabios que analizaron lo infinito, Newton con su teoría de las fluxiones y fluentes, Leibnitz con sus cálculos diferencial é integral, hallaron en tal procedimiento nuevo motivo de adorar á Dios, vislumbrado más allá del telescopio y del microscopio, más allá de la inmensidad de la nebulosa y de la tenuidad de la partícula.

¿Habíamos de rendirnos á desconsolador escepticismo? No. Porque si la ciencia general se constituye de verdades dependientes unas de otras, que á fuerza de trabajo alcanzamos de la naturaleza exterior y de la interior que funciona dentro de nosotros; el Hijo de Aquel, «contra cuya Sabiduría no hay sabiduría, ni prudencia contra su Prudencia, ni consejo contra su Consejo,» se nos muestra realmente como «el Principio» que enlaza y subordina dichas verdades á un fin último: nuestra felicidad absoluta cuando, rota la cárcel de la materia, volemos á las regiones del espíritu. Así la Encarnación del Verbo, «que nos declaró todas las cosas, y juntó á los pueblos en uno, y renovó el semblante de la tierra» nos redimió de lo pasado, nos alentó en lo presente y nos iluminó en lo porvenir. Así la Religión Católica no fué sólo la aspiración á la verdad, sino la posesión de la verdad, la Sabiduría.

La ciencia humana observa, reflexiona, induce, deduce y analiza, sintetiza, formando y reformando sus conceptos. A la manera que la mútua atracción de los fluidos eléctricos *positivo y negativo* constituye en los cuerpos el *fluido neutro*, característico de su *equilibrio natural*, hasta que un accidente le descompone, legando el un fluido al un cuerpo y el otro al contrario, y originando las atracciones y repulsiones físicas; la mútua atracción de lo que es de suyo tornadizo constituye el *fluido natural* de las inteligencias, especie de *línea neutra* magnética, cuya armonía descomponen la pasión y el error, originando las acciones y reacciones históricas que ora nos impulsan con fuerza reformista, ora nos contienen con fuerza conservadora. De esta suerte, sin inmolarse la tradición á la renovación, ni la renovación á la tradición; avanzamos en la vida, enlazando los descubrimientos de las pasadas generaciones con los parciales y relativos de la presente, herencia á su vez de las generaciones futuras. Y allanando dificultades, y acortando distancias, caminamos al reinado universal de la verdad, siempre la misma. ¡Cuanto de lo que hoy escribimos tendrán que enmendar, y aun borrar, mañana nuestros hijos! Mas no por eso maldigamos de la ciencia en el desarrollo de sus progresos, en el cumplimiento de su destino, que al cabo habrá de mostrarse acorde, como parte que es de ella, con la Palabra Infalible.

Invoquemos esta Palabra en la borrasca que no



cerca. Reunamos á su luz, «colocada sobre el candelero para que ilumine á todos los que están en la casa,» los beneficiosos elementos que sobrenadan en las olas. Y evitemos que se repita hablando de aquella luz: «Y las tinieblas no la comprendieron.»

Aunque rebeldemente nos esforcemos en no comprenderla, ella guiará nuestros pasos y remediará nuestras caídas por los infinitos medios de que dispone. La que ordenó que naciera Newton el mismo día en que falleció Galileo, para que continuara la tradición científica; la que ordenó que en un mismo año nacieran Bonaparte y Wellington, la dictadura que ahogara los excesos de la libertad, y la libertad que ahogara los excesos de la dictadura; enviará génius que con su palabra ó con su pluma nos indiquen el derrotero que debemos seguir para llegar á puerto seguro. ¿Y qué importa que algún hombre disienta de la humanidad que seguirá aquel derrotero? Más fácil sería apartar los cuerpos de su centro de gravedad que apartar las almas de su centro religioso.

Ensalcemos las modernas conquistas. Regocijémonos de que la industria centuple sus máquinas, de que el derecho agrupe á las naciones, de que la civilización se desenvuelva unificando sus intereses espirituales, como unificaba los materiales por la imprenta, el vapor, la electricidad, el libre cambio. Porque tales fenómenos suenan á fructificación del germen evangélico. Penetrémos geólogos los abismos de la tierra y astrónomos, los abismos de los demás astros; señalemos hidróstatas sendas en el mar, y aeróstatas sendas en el aire; extraigamos de la dura roca, á modo de agua de Moisés en el desierto, el gas, luz de nuestras ciudades, y el cok, pan de nuestras fábricas; dominemos con nuestra planta, á impulsos de la locomotora, y con nuestra palabra, á impulsos del teléfono, del uno al otro polo; llamemos con Kirchhoff y Bunsen á análisis espectral la materia cósmica; discutamos con Mayer y Joule la transformación de las fuerzas; examinemos con Sars y Steenstrup las generaciones alternantes; nada se escape á nuestro estudio desde el átomo á la nebulosa; mas turbemos con el arrebató de la pasión la serenidad del entendimiento. Y sin confundir la hipótesis con la incertidumbre sin olvidar que la verdad no puede contradecir á la verdad, *verum non potest vero contradicere*; estemos seguros de que cuando nuestra limitada razón sancione experimentalmente adelanto en la tierra, sancionado será desde el cielo por la Razon Absoluta que contiene en sí la realidad y perfección de los seres actuales y posibles, por la Razon Suprema de Aquél, que es el Dios de las ciencias.

ABDON DE PAZ.

## LA MODESTIA.

Por las flores proclamado  
rey de una hermosa pradera,  
un clavel afortunado  
dió principio á su reinado  
al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
llevaba, y con noble brio,  
el régio manto de grana,  
y sobre la frente ufana  
la corona de rocío.

Su comitiva de honor  
mandaba, por ser costumbre,  
el céfiro volador,  
y habia en su servidumbre  
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
porque también era uso,  
quiso una flor para esposa,  
y régicamente dispuso  
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley  
y porque causa delicia  
en la numerosa grey,  
pronto corrió la noticia  
por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad  
cada flor abre el arcano  
de su fecunda hieldad,  
por prender la voluntad  
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
engalanarse se vian  
con harta envidia, dispuestas  
á ver las solemnes fiestas  
que celebrase debian.

Lujosa la corte brilla:  
el rey admirado duda,  
cuando ocultarse sencilla  
vió una tierna florecilla  
entre la hierba menuda.



Y por si el régio esplendor  
de su corona le inquieta,  
pregúntale con amor:  
—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta.»  
Dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa  
Y no luces tus colores,  
violeta dulce y medrosa,  
hoy que entre todas las flores  
va el rey á elegir esposa?»

Siempre tamblando la flor,  
aunque llena da placer,  
suspiró, y dijo.—«Señor,  
yo no puedo merecer  
tan distinguido favor.»

El rey, suspenso, la mira  
y se inclina dulcemente;  
tanta modestia le admira;  
su blanda esencia respira,  
y dice alzando la frente:

—«Me depara mi ventura  
esposa noble y apuesta;  
sepa, si alguno murmura,  
que la mejor hermosura,  
es la hermosura modesta.»

Dijo y el aura afanosa  
publicó en forma de ley,  
con voz dulce y melodiosa,  
que la violeta es la esposa  
elegida por el rey.

Hubo magnificas fiestas;  
ámbos esposos se dieron  
pruebas de amor manifestas,  
y en aquel reinado fueron  
todas las flores modestas.

José Selgas.

#### CORRESPONDENCIA.

Madrid. Señora doña E. V. de P., recibidos los 28 rs.

Olivares. Señora doña J. del R., anotados 6 rs. á V. y 6 á doña M. P.

Orihuela. Señora doña F. E., con los 28 rs. que envía deja abonado hasta febrero del 81, y ya sabe V. que el año que recibe es el 80,

Salamanca. Señor don G. A., recibida la letra que envía.

Urrea de Jolon. Señor don B. M. recibí los 24 rs.

Junquera. Señor don A. A., recibidos los 12 rs.

Villanueva de Cameros. Señora doña D. B., anotadas las 4 pesetas.

Santiago. Señora doña M. L., recibidas las 5 pesetas.

Ibi. Señor don S. G. en nuestro poder los 24 rs. y hecha la traslación que indica, en lo cual tenemos un honor.

Estepa. Señora doña C. M. de O., recibidos los 23 rs. que envía.

Laredo. Señor don S. G. anotados los 24 rs.

Fraella. Señor don C. B., para el año que está recibiendo, que es el 80 tiene dados 7 rs., debe por consiguiente 17.

Garachico. Señor don A. R., respondiendo á su pregunta le diré que adeuda lo que vá del año 80.

Segarra. Señor don V. G., su deuda es 16 rs. del año 79 y lo que vá del 80.

Torres de Alcanadre. Señora doña B. E. de B., abonado los 24 rs.

Torrelabaton. Señora doña T. D. S. y O., en nuestro poder la letra, los números los recibirá conforme vayan saliendo.

La Palma del Condado. Señora doña J. S. y R., en nuestro poder los 24 rs. Las novelas, «Hay mas allá» y «El primer año de matrimonio» aun no están concluidas. «La pendiente del abismo» no la tenemos impresa aparte, y con mucho sentimiento no podemos complacerla.

Montilla. Señor don J. P., anotados los 8 rs. á V., y 8 á don J. P.

Peñas de San Pedro. Señor don P. G., en nuestro poder la letra que indica.

Alló. Señora doña B. A., en nuestro poder las 60 pesetas; servidas las 5 suscripciones nuevas, no sé como dar á V. gracias por su interés, pero crea V. que deseo una ocasión de probarle mi gratitud.

Barceloneta. Señora doña F. V. de J., en nuestro poder los 12 rs.

Jerez de la Frontera. Señora doña C. B., en nuestro poder las 6 pesetas.

Laguna. Señora doña M. P. del C., recibidos los 12 rs. que envía

Sepúlveda. Señor don L. G., recibidas las 15 pesetas y anotadas segun indica, aguardo los apuntes que me ofrece.

Santa Cruz de Tenerife. Señora doña D. B., anotados los 4 rs. y deja pagado hasta fin del 80 que es el año que está recibiendo.

Campo. Señora doña D. M., recibidos los 12 rs. que envía.

Olivares. Señora doña S. P., le doy las gracias por su carta. Estoy conforme con su cuenta y la aprecio siempre muy de veras.

Salamanca. Señora doña C. G., en nuestro poder los 4 rs.

San Vicente. Señora doña M. G., estamos conformes con su cuenta, y tendrá en su poder lo que deseaba.

Segura de Leon. Señora doña I. M., tenga V. la bondad de manifestar á su primo don M. L. y M. que se recibieron las 52 pesetas.

(Continuad)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia.